

EL LICENCIADO DON GONZALO JIMENEZ DE QUESADA

Escribe: ALVARO SANCHEZ

No siempre las existencias predestinadas a la transfiguración por la gloria se inician en caminos que permitan predecir la advenidera exaltación. A veces los primeros años son oscuros, ajenos al misterioso llamamiento que da a una vida incolora los perfiles del héroe. Un acaecimiento al parecer fortuito, una circunstancia de suyo indiferente cambia el arranque inicial de una trayectoria luminosa; las etapas siguientes van precisando contornos, modelando el carácter del elegido, señalándole metas hasta convertirle en instrumento libre, para la realización de los designios providenciales.

¿Quién pudo pensar que el hijo de Doménico Colombo, tejedor de Génova y de la sencilla contadina Susana Fontanarrossa, iría a ser el afortunado navegante en cuya escarcela de peregrino alucinado se guardaba la mitad del planeta? ¿Quién era el famoso descubridor del Nuevo Reino y fundador de su capital, y cuáles sus antecedentes? Bien escasas son las noticias que acerca de la cuna y juventud de D. Gonzalo Jiménez de Quesada nos ofrecen los cronistas e historiadores. Que su padre era un honrado hombre de leyes; que en su estudio empleó sus años mozos el futuro conquistador; y que, de seguro, andaluz y letrado, no entraba en sus propósitos dejar el acogedor ambiente de Granada, en donde pasaba los días entre códigos y ordenamientos reales, para correr los riesgos de la aventura. Que a la usma de peregrinos tesoros se desgarrasen de la Madre Patria y navegasen rumbo a las tierras recién descubiertas los codiciosos y andariegos. El, contemplando los caminos granadinos y acariciando acaso un romance sentimental mientras paladeaba rojo vino, esperararía y celebrararía el regreso de galeones descubridores.

Mas no eran aquellas calendas de holganza, ni los usos ciudadanos permitían hurtar la persona a las responsabilidades; tiempos eran de graves cuidados, de arduas misiones, de hazañosos acaeceres; tiempo en que al querer de su Majestad plegábanse las más rehacias voluntades, y en que la obediencia pronta y leal al Monarca contaba por esencial de la limpieza de sangre y de la verdadera hidalguía. Ello explica el por qué tan pronto llegaron a Granada provisiones reales en las que se nombraba al señor D. Gonzalo Jiménez de Quesada, Alcalde Mayor de la

hueste que debía navegar hacia el puerto de Santa Marta en las Indias Occidentales bajo la capitania. de D. Pedro Fernández de Lugo, el jurisperito dejó la toga y atuendos de cancillería y vistió la cota del soldado.

Ocasión de fantasear; largas semanas de forzada quietud, monótono rodar de los días durante los cuales D. Gonzalo, dicho el adiós generoso a la existencia ciudadana, contempló con serenos ojos la vasta extensión del océano y más allá de las aguas verdinegras e inquietas, el misterio de su porvenir. Por muchas y variadas que hubiesen sidos las noticias llegadas a puertos españoles acerca de las islas tierras firmes recién halladas distarían mucho de la maravillosa realidad. ¿Qué le esperaba en esas playas? ¿La lucha turbulenta con la ruda naturaleza y con sus aún más rudos moradores? ¿La muerte silenciosa en las selvas inhóspites sobre las arenas quemantes? ¿Las pródigas riquezas? ¿El sacrificio estéril o la gloria? Y así ensoñando un día su nave tocó en la bahía samaria, bella y ardiente: en muy poco lo real se asemejaba a lo imaginado.

¿Queréis saber cómo era, D. Gonzalo Jiménez de Quesada antes de acompañarlo en la conquista del hermoso Valle? Ricardo Majó Frámmis en "Navegantes y conquistadores españoles del siglo XVI" hace este retrato, inspirado en uno grabado que se encuentra en la primera página de la Historia general de los hechos de los castellanos de Antonio de Herrera. "Cuenta por treinta y nueve o cuarenta los años de su edad. En toda su figura hay una distinción de maneras que lo acreditan de personaje de casta selecta. Por cima de la gola de su coraza se muestra la otra gola de holanda rizada, que rastrean su barba y el cabello de la nuca. Pero no es su atuendo lo que más importa. Cualquier hombre de pro en aque ltiempo pudo tenerlo igual. Importa la mano larga, delgada que en el grabado se advierte y que cualquier experto en achaques de fisiognomía decidiría que es mano de artista. Importa el rostro bellido, que descubre galanía, cortesanía, distinción social; importan los ojos claros, apacibles, bondadosos, y, empero, dotados de energía y autoridad; el bigote luengo, el cabello corto, la nariz prolongada y recta. De esta apariencia y rostro resulta una expresión en que la bondad se dobla con la fuerza. Quien lo contempla dirá: he aquí un señor, que en vez de estarse en los estrados, se decide a soportar las fatigas de la guerra; o también: he aquí a uno al que el peso de las armas no le ha privado de aquella álgiera levedad del saber y de las letras.

Y henos aquí sobre las costas del Mar Caribe. Plugo al señor Capitán Fernández de Lugo disponer una expedición fuerte de seiscientos infantes y cien jinetes que puso a las órdenes del Licenciado Jiménez, trocado de garnacha en descubridor y capitán de exploradores, pues no otro era el objeto de la expedición sino el descubrir, si dable fuese, las fuentes y manantíos del río grande de La Magdalena. Para imaginar más que para describir menudamente los laboriosos preparativos. Los árboles de la sierra vecina suministraron materiales destinados a armar y equipar los barcos en que debía internarse, remontando la corriente del río, navegable al parecer por su abundoso y tranquilo caudal, la columna exploradora. De sorpresa en sorpresa irían D. Gonzalo y sus gentes. Fauna y flora de las comarcas ribereñas ponían asombro en los ánimos por su variedad, novedad y fuerza como de naturaleza virgen.

Mas, si hoy con los recursos de todo linaje con que cuenta el viajero, y en barcos de motor, remontar la corriente de El Magdalena, no es siempre un placer, qué de dificultades sin cuento y riesgos mortales ofrecerían hace cuatrocientos años, dado lo primitivo de las embarcaciones, la carencia de vituallas y medicinas y lo absolutamente salvaje de las comarcas que atravesaban. De los seiscientos infantes que partieron de Santa Marta, cuando llegaba la expedición a la desembocadura del Opón, determinó D. Gonzalo dejar el río y avanzar por tierra, quedábanle dos centenares escasos.

Historiadores y cronistas celebran cuanto de visión del instante, de coraje indomable, de pujanza heroica cifran dos momentos cumplidos uno por Hernán Cortés, por Francisco Pizarro el otro. El conquistador de Méjico para quitar a sus hombres hasta el pensamiento de un regreso cobarde quemó sus naves y habló luego a sus hombres con tanta convicción, con tan firme serenidad que de los labios entreabiertos ya para el grito de rebelión, brotó esta voz unánime como presagio de triunfo: A Méjico. Pizarro en la isla del Gallo ante sus atemorizados compañeros determinados ya a desandar lo andado y renunciar a la conquista del Perú, desenvainó su espada y con su punta trazó sobre la arena una raya: por ahí, dijo señalando el norte, se va a ser pobre a Panamá; por aquí, señalando el horizonte meridional, a las tierras del oro y a la gloria. El que se determine a acompañarme que dé un paso y cruce la línea. Trece tan solo, con aliento de Atlantes la cruzaron y con ellos se lanzó a la aventura.

En el punto en donde el Opón tributa sus aguas a nuestro máximo río D. Gonzalo Jiménez de Quesada con un gesto en que se advierte la misma determinación conquistadora, idéntica voluntad de dominio, el propio ardimiento de sangre de los biznietos del Cid, dejó sus barcos y se internó en la montaña. Las tribus que poblaban aquellas regiones iniciaron sus hostilidades contra los extraños visitantes. Cada jornada era una justa; cada valle o cada cima conquistada un palenque. ¿Con qué sustentábase ese puñado de valientes? Con la caza que ofrecían los bosques y con los frutos de sus árboles. ¿Cuál su descanso? El sueño breve al favor de las constelaciones. Como Quijotes de un imposible iban confiados al impulso de su destino y, expresándonos como cristianos, conducidos por la mano de la Providencia.

Un día el ejército, si ejército puede llamarse esa avanzada de esforzados, comisionó a un hombre reputado por su prudencia, el capitán San Martín para que manifestase a Quesada la necesidad del regreso. Creéis, le respondió el Licenciado, que porque me habéis visto un momento indeciso dudaba de proseguir el camino? Dudaba del método no del fin. Respuesta digna por su forma de un letrado perito en las sutilezas de la dialéctica, y por su fondo y contenido de un valiente en el que palpitaba poderoso el aliento heroico de la raza. Y por último alboreó la hora del éxito, cuando los miembros fatigados por las muchas y largas jornadas, cubiertos de pesadas armaduras o mal cubiertos con deshechos vestidos alcanzaron la altiplanicie, de suavísimo clima, de peculiar fertilidad, poblado y tanto que D. Gonzalo hubo de llamarlo "Valle de los alcázares".

Tierra buena, tierra buena, tierra que pone fin a nuestra pena, ~~dize~~ ^{que} dijeron los soldados, según narra Juan de Castellanos. Las pupilas, hechas ya a admirar marañas y jarales contemplaron como en éxtasis este soñado paríso. D. Gonzalo escogió tal paraje para fundar una villa, y como buen creyente procedió a la realización de su propósito el 6 de agosto fiesta de la transfiguración del Señor. Corría el año de gracia de 1538. Llegado el día, el letrado y jurista, por querer de la Providencia caudillo guerrero y fundador, en presencia de sus hombres y de un buen golpe de nativos atraídos por la curiosidad de saber a qué habían venido, qué buscaban y pretendían esas gentes blancas, arrancó con su diestra un puñado de hierba, dio con su acero tres tajos sobre la tierra, así tomó posesión, en el nombre de su Majestad el rey, de estas comarcas; montó a caballo y retó a singular combate a quien se opusiese a la fundación de la nueva ciudad bautizada en su nacer con el nombre de Santa Fe, en memoria de aquella que la preclara Isabel de Castilla había hecho levantar sobre los muros de Granada. Todo el ancho horizonte hablaba a aquellos aventureros gallardos del terruño lejano. Allá al norte las dilatadas y azulinas serranías era la evocación de Sierra Elvira; los montes que recortaban sus siluetas al sur hacían pensar en el Suspiro del Moro; y los más cercanos hubiérase dicho los collados que ciñen la ciudad donde los moros enamorados de la belleza alzaron las arquerías de ensueño y los jardines de la Alambra.

Luego el Padre Las Casas, capellán de los expedicionarios ante un crucifijo pintado sobre un lienzo, preciosa reliquia conservada en la sacristía de de nuestra Basílica Primada, revestido de burdos ornamentos y en un cáliz de plomo procedió a celebrar por primera vez el rito sacramentalísimo, memoria y real renovación del sacrificio del Calvario. Levantáronse 12 bohíos de paja, en memoria de los doce Apóstoles.

Y así entró en la historia la ciudad capital del Nuevo Reino de Granada.

Don Gonzalo viajó a España; regresó luego con títulos y gajes; emprendió nuevas expediciones de descubrimiento y exploración no con la misma próspera fortuna con que había ascendido hasta la altiplanicie andina; y ya envejecido recordando sus mocedades de letrado dejó la espada y empuñó la pluma de ave; tajola con acierto como en los lejanos días cuando rasgueaba con ella en la Cancillería de Granada memoriales y peticiones, reales decretos y provisiones, mas no para redactar tan reseca literatura, sino para emplearla en más amenas tareas. Había hecho historia: sus viajes, sus campañas, sus aventuras le habían dado lo que no hubiera podido proporcionarle el estudio de las Pandectas, del Fuero Juzgo de las Siete Partidas y de los códigos y ordenamientos reales; el conocimiento de los hombres, ¿por qué no pasar al papel todas esas noticias y experiencias? Y el Compendio Historial fue fluyendo en el apacible ambiente de Suesca. Acaso al caer de la tarde o ya de noche a la luz temblona de una vela partiría con algún viejo soldado acerca de las hazañas realizadas y ya casi perdidas en la lejanía del recuerdo, precisarían pormenores, evocarían nombres dignos de perduración. ¿Qué contenían los Ratos de Suesca? Era este libro sus memorias? Regocijados

sucedidos, graciosas leyendas, poéticas tradiciones. Citas en los cronistas posteriores quedan tan solo de estas dos obras suyas; de un escrito religioso Sermones de la Virgen para ser predicados en sus festividades, ni eso siquiera; únicamente el nombre, para testimonio de su profunda catolicidad.

Quiso la buena fortuna que un fruto de su ingenio, El Antijovio prueba concluyente de su lealtad y rectitud, muestra de su no escasa disposición para las letras, de su varia lectura y sorprendente memoria, olvidado en no se qué ciudad de España, viese la luz pública en nuestra Santa Fe de Bogotá, al cabo de cuatrocientos años.

Las ciudades como las personas humanas tiene su perfil psicológico, su fisonomía y su peculiar vocación, realidades que pueden comprobarse fácilmente, mas cuyas causas profundas, principios determinantes y soterradas fuentes es harto difícil precisar. Santa Fe de Bogotá, hija de D. Gonzalo Jiménez de Quesada, licenciado y conquistador, hombre de letras y jefe de aguerridos exploradores y colonizadores, heredó las características de su hidalgo progenitor: del licenciado conserva su afición y gusto por lo especulativo, su amor por la bella literatura, su culto desinteresado al espíritu. Sin desconocer, lo que sería notoria injusticia, la intelectualidad de las otras ciudades de Colombia, es un hecho que la consagración en las artes y en las letras, en la ciencia y en la especulación recíbese en la Villa de Don Gonzalo; nota distintiva que no empece a la austeridad y al sacrificio, de exigirlo las circunstancias de la hora, y el bien de la patria. Díganlo los probados días del régimen del terror en la época de la gesta emancipadora. La ciudad de la expedición botánica, cuna de juristas y letrados, dada al cultivo de la filosofía y de la sagrada teología en sus venerables conventos, teatro de festejos reales, a veces grave, a veces frívola, soportó con estoica entereza la prueba de la sangre y del hierro. Hija de un andaluz sabe aguzar el epigrama, y con espiritual desenfado da salida a la amargura interior, a las crisis del alma, con un fino gracejo.

El espíritu profundamente religioso del gran señor Don Gonzalo Jiménez de Quesada persevera en la Urbe que nació a la cultura al pie de la cruz, delante del altar de las ofrendas eucarísticas. Y con el mismo culto venerando con que Santa Fe echó a andar sobre las sendas de la historia, venimos cada año, ante las cenizas del Fundador a agradecer la hora afortunada en que se fundó la ciudad.

Los cuatrocientos treinta y dos años que median entre este instante presente y el 6 de agosto de 1538 no han sido perdidos. Las chozas pajizas se mudan en bien construídos inmuebles, sobre los campos aledaños avanzan sin cesar las avenidas, la aldea se hizo villa y la villa ciudad y la ciudad se agiganta año por año. Pero ni el progreso material será ocaso para la luz del espíritu, ni el regalo y facilidad de la vida debilitarán el temple de la voluntad de conquista, ni la muchedumbre de los hijos y amigos amenguará el memorioso tributo de glorificación a tu nombre y a tus proezas. ¡Oh fundador de Santa Fe de Bogotá!